



Epílogo

<https://doi.org/10.22402/ed.leed.978.607.26779.9.9ep>

¿El crepúsculo de los dioses? Hombres, feminismos y democracia



¿The twilight of the gods? Men, feminisms and democracy

Carlos Lomas

1

2

Parte 1

3

4

5

Parte 2

6

7

8

Parte 3

Epílogo

Glosa editorial

El epílogo cierra la obra con una reflexión crítica sobre las transformaciones contemporáneas en las relaciones de género y los desafíos ético-políticos que enfrenta la construcción de sociedades más igualitarias. Desde una mirada histórica y filosófica, el texto traza un paralelismo entre las utopías emancipadoras modernas y el horizonte feminista, destacando su papel en la denuncia de las violencias patriarcales y en la ampliación de los derechos humanos de las mujeres.

El análisis examina la persistencia de estructuras de dominación masculina expresadas en fenómenos como los feminicidios, la desigualdad laboral y la violencia simbólica, al tiempo que reconoce la pluralidad de los feminismos contemporáneos —decoloniales, comunitarios, queer y antirracistas— y sus aportaciones a la crítica del orden sexogenérico binario. En este marco, se problematiza la inclusión de identidades disidentes y los debates internos del movimiento feminista.

Editorial Note

The epilogue closes the work with a critical reflection on contemporary transformations in gender relations and the ethical-political challenges involved in building more egalitarian societies. From a historical and philosophical perspective, the text draws a parallel between modern emancipatory utopias and the feminist horizon, highlighting its role in denouncing patriarchal violence and in expanding women's human rights.

The analysis examines the persistence of structures of male domination expressed in phenomena such as feminicides, labor inequality, and symbolic violence, while also recognizing the plurality of contemporary feminisms—decolonial, community-based, queer, and anti-racist—and their contributions to critiquing the binary sex-gender order. Within this framework, the inclusion of dissident identities and internal debates within

Un eje central del epílogo es la incorporación de los hombres al análisis de género. Se plantea la urgencia de estudiar las masculinidades como construcciones socioculturales, subrayando que la transformación democrática requiere la implicación activa de los varones en la deconstrucción del patriarcado. Asimismo, se evidencian los costos emocionales, sociales y simbólicos que la masculinidad hegemónica impone también sobre los propios hombres.

La obra concluye proponiendo la necesidad de alianzas éticas entre feminismos y masculinidades críticas, orientadas a la justicia social, el cuidado y la equidad. Así, el epílogo abre un horizonte esperanzador: la posibilidad de reinventar las identidades de género y de construir formas de convivencia más democráticas y humanizantes.

feminist movements are problematized.

A central axis is the incorporation of men into gender analysis. It underscores the urgency of studying masculinities as sociocultural constructions, emphasizing that democratic transformation requires the active involvement of men in the deconstruction of patriarchy. The emotional, social, and symbolic costs that hegemonic masculinity also imposes on men themselves are likewise made visible.

The work concludes by proposing the need for ethical alliances between feminisms and critical masculinities, oriented toward social justice, care, and equity. In this sense, the epilogue opens a hopeful horizon: the possibility of reinventing gender identities and building more democratic and humanizing forms of coexistence.

Índice

1. Feminismo y feminismos , 183
2. Y los hombres ¿qué? , 185
3. Iguales y diferentes , 186
4. Sobre héroes y tumbas , 188
5. ¿El crepúsculo de los dioses? Hombres del poder, hombres con poder, hombres invisibles , 189
6. Yo, el Supremo: el hombre como eje del mundo , 190
7. Epílogo en primera persona y en singular , 192
8. Referencias , 193

“... mi convicción de que son las mujeres las que sostienen el mundo mientras los hombres lo desordenamos con nuestra brutalidad histórica” Gabriel García Márquez: Vivir para contarla. Círculo de Lectores, 2002, p. 89.

A mediados del siglo XIX (1848) Friedrich Engels y Karl Marx iniciaban su Manifiesto Comunista con estas palabras: “Un fantasma recorre Europa: el fantasma del comunismo” (Engels y Marx, 1848 [1974: 71]). De esta manera anunciaban a los cuatro vientos un tiempo de utopías sociales en el que se aboliría la desigualdad económica entre las clases sociales y entre los seres humanos, aunque, alcanzado el poder y al cabo del tiempo, el fantasma del comunismo trajera consigo el sueño de la razón y engendrara el monstruo de la tiranía, de la intolerancia y de otras barbaries (baste con ver en la China y en la Rusia actuales el efecto indeseable del ensueño emancipador de la utopía comunista). El desencanto de las utopías de la justicia social a lo largo del siglo XX fue sustituido por la ilusión de la utopía feminista, quien entendió a la perfección que la opresión de clase y la estructura económica de las sociedades capitalistas no ayudaban a entender de manera suficiente el conjunto de las desigualdades, opresiones y violencias ejercidas contra los seres humanos y en especial contra las mujeres. Con su acento en la esfera personal (lo personal es político) transgredieron, especialmente a partir de la segunda mitad del siglo XX, las reglas del juego de la dictadura del patriarcado e introdujeron transformaciones, insuficientes aún, pero significativas, en la vida cotidiana de las personas y de las sociedades humanas, aunque esas transformaciones hayan variado en cuanto a su calado e intensidad en las diferentes culturas del mundo. La obscena estadística de los feminicidios y de las desapariciones de mujeres, las cifras de acosos y de violaciones, los invisibles maltratos e intimidaciones, las discriminaciones educativas y laborales o los corsés a la libertad femenina no cesan y constituyen un espejo diáfano de la vida cotidiana en unas sociedades infectadas por la misoginia y el machismo y en las que apenas ahora se inicia el camino hacia una mayor equidad y democracia entre los sexos. El auge de la extrema derecha en los últimos años, tanto en Europa como en Latinoamérica, y sus agendas políticas contra la “ideología de género” es en este contexto un indicio innegable de la terca resistencia de la cultura del patriarcado frente a la utopía de los derechos humanos de las mujeres.

El cuerpo de las mujeres sigue siendo hoy un botín de guerra y un objeto doliente de la barbarie masculina. Las estadísticas de los feminicidios siguen arrojando año a año unas cifras insoportables mientras el acoso, la división sexual del trabajo, la desigualdad salarial, la segregación escolar y las mil y una formas simbólicas y materiales de las violencias machistas tiñen de dolor y de sangre la vida de millones de mujeres en todos los lugares del planeta, aunque ciertamente esas violencias se manifiesten con mayor intensidad en unos lugares que en otros. La lucha contra la violencia de género, que algunos sectores ultraconservadores y algunos fundamentalismos religiosos devalúan al equipararla a otras formas habituales de la violencia humana o al considerarla un invento diabólico del feminismo en su afán de destruir

la familia tradicional y de instaurar la dictadura de la “ideología de género”, está entrando al fin en la agenda política de los gobiernos democráticos y progresistas aunque el ruido y la furia misógina, homófoba, y transfoba, cuando no una absoluta indiferencia, de otros gobiernos no contribuya en absoluto a avanzar en la dirección deseada.

Feminismo y feminismos

Pese a ello la insurgencia feminista sigue hoy, como ayer, inasequible al desaliento y ha iniciado este siglo XXI con dialécticas y con acciones que reflejan en la hora actual su radical diversidad. La disputa teórica en las últimas décadas del siglo pasado entre el feminismo de la igualdad y el feminismo de la diferencia se tradujo en este siglo en apasionadas controversias entre el feminismo de la igualdad, cuyos postulados tienen desde hace décadas un innegable estatus en el mundo académico y político y cuya contribución teórica a la explicación de la construcción cultural de la desigualdad femenina a partir de la diferencia sexual es inestimable, y otros feminismos de especial arraigo entre las mujeres jóvenes, como el feminismo “queer”, y entre las mujeres latinoamericanas, como el feminismo decolonial, antirracista, ecologista, comunitario e indígena, que evalúa de una manera crítica el concepto tradicional de género como núcleo de un discurso binario que limita la multiplicidad femenina y tiende a ocultar las diferencias entre las mujeres al no considerar de manera suficiente variables tan determinantes como la clase social, la raza, la etnia, la tradición ancestral de las comunidades y la cosmovisión de los territorios (véase en este sentido Curiel, Falquet y Masson, 2005; Gargallo, 2006 y 2014; Bidaseca y Vázquez Laba, 2011; Jabardo, 2012; Sagot Rodríguez, 2017; Guzmán Arroyo, 2019; Cruz Hernández, 2020, entre otras).

La emergencia, en especial en el mundo latinoamericano, de un feminismo decolonial, ecologista, antirracista, afrodescendiente, indígena e insurgente que construye sus teorías y sus prácticas desde la vida cotidiana de sus comunidades ancestrales tiene una innegable voluntad de transformación política, subraya el diálogo con otros sujetos subalternizados con vindicaciones identitarias disímiles y, en su condición de feminismo mestizo, no comulga de manera devota, aunque comparta afanes y reflexiones, con la tradición teórica del feminismo anglosajón y europeo del siglo XX ni con unas miradas sobre el mundo de las mujeres que en su opinión son deudoras de la raza (blanca) y de la clase social (media, ilustrada y acomodada) de quienes las edificaron en sus días⁵. En este sentido, hay autoras, como Francesca Gargallo (2006), que aluden a una cierta convergencia entre la teoría queer, el feminismo de la diferencia y los feminismos disidentes latinoamericanos en la medida en que los estudios queer acerca de la no existencia de identidades fijas, de la desconstrucción de lo sexual-genérico, de la fluidez del deseo y de las representaciones en América Latina se han encontrado con los estudios chi-

⁵ En palabras de Francesca Gargallo (2019: 99), “la mujer del mundo no hegemónico es representada por el feminismo blanco bajo un colonizado y monolítico discurso que la describe como una persona sin control sobre su propio cuerpo, atada a la familia, al trabajo doméstico, ignorante y pobre”.

canos, con las reivindicaciones de las identidades indígenas y las sumas de identidades diversas que éstas ostentan en su vida cotidiana, con el feminismo de la diferencia... (p. 169).

El debate en torno a la identidad de género y a la transexualidad, las controversias en el seno de los feminismos a propósito de la prostitución o la crítica a los prejuicios que el feminismo tradicional manifiesta en torno a las ideologías y a las formas de vida de las mujeres jóvenes y de las mujeres de las comunidades excluidas y vulnerables, por ejemplo, no son ajenos a esas divergencias en el seno de los feminismos actuales⁶.

Por otra parte, el dualismo binario entre mujeres y hombres se ha abierto en los últimos tiempos a otras identidades de género tráfugas que no se entienden ya únicamente en la dialéctica femenino/masculino a la que de manera prioritaria atendieron en su día tanto los estudios de género como los feminismos del siglo XX. Hasta entonces las epistemologías feministas consideraban como indudable la construcción sociocultural del género pero no del sexo; en otras palabras, se consideraba que la oposición sexo-género era análoga a la dicotomía naturaleza/cultura, por lo que el sexo era una categoría natural, inmutable e invariante a toda cultura. Hoy sabemos que las cosas no son siempre así y que las identidades de género no se adecúan siempre a una dialéctica binaria y antagónica entre lo femenino y lo masculino (véase por ejemplo la comunidad muxe en Juchitán o la visibilidad de las mujeres y de los hombres transexuales en los últimos años). En este sentido

el sujeto trans y el transfeminismo constituyen un nuevo capítulo en la historia de la constante reescritura de qué es y qué puede ser el feminismo. Así como en el pasado otros sujetos fueron objeto de sospecha, exclusión y rechazo, hoy algunas miradas sospechan, excluyen y rechazan al sujeto trans” (Guerrero Mc Manus, 2019, p. 51).

La emergencia de géneros tráfugas con respecto al canon binario ha traído consigo en los últimos años el debate sobre la ampliación del sujeto político del feminismo y ha hecho visible el miedo (en mi opinión, injustificado) a que su inclusión contribuyera a desdibujar y a debilitar el protagonismo de las mujeres en el movimiento feminista al conducirlo a un sendero inapropiado. En los últimos años, y especialmente en las redes sociales en España, en nombre del feminismo (aunque en realidad sea en nombre de uno de los feminismos en disputa) se han vertido opiniones y argumentos respecto a las mujeres trans (de forma significativa los hombres trans no han sido objeto de una controversia semejante) que reflejan una evidente transfobia

⁶ Las Referencias que se ofrecen al final de este texto constituyen una invitación a la consulta y a la lectura de estas indagaciones feministas (casi siempre latinoamericanas) de última hora, difundidas a menudo en formato digital a través de sitios web en Internet y de redes sociales como Facebook. De igual manera incluyo en esas Referencias la alusión al trabajo de mujeres como Audre Lorde (2003 y 2020), Rita Segato (2003, 2013 y 2018), bell hooks, 2017, 2021 a y 2021b, y Silvia Federici (2010, 2018, y 2019) que, sin alinearse en mi opinión con una u otra corriente del feminismo, han iluminado en los últimos años muchos aspectos de la utopía feminista. Al final de algunas de esas Referencias ofrezco un enlace de lectura y descarga gratuitas a la edición electrónica del libro (enlace válido el 2 de abril de 2024, fecha en la que entrego este trabajo a quienes coordinan este libro, Gustavo Adolfo Enríquez Gutiérrez e Inda Sáenz Romero).

hacia las mujeres transexuales y un conservadurismo ideológico que acerca a un sector del feminismo a una concepción restringida de la biología, a un binarismo excluyente que ignora los derechos de las minorías sexogenéricas y en ocasiones a una evaluación moral de las personas transexuales fronteriza con el puritanismo ideológico.

Y los hombres ¿qué?⁷

A finales del siglo pasado, y al cabo de décadas de estudios y de acciones feministas, surgen al fin algunas tentativas de investigación en torno a la condición masculina. Desde la antropología cultural, la sociología, el psicoanálisis, la filosofía, el análisis del discurso y los estudios de género comienza a entenderse que es hora ya de comenzar a pensar sobre la(s) masculinidad(es), sobre las maneras en que los hombres aprendemos a ser hombres en cada tiempo y en cada lugar y sobre los efectos de ese aprendizaje cultural en la vida de las mujeres, en la vida de los hombres y en el modo en que están organizadas las sociedades humanas. No basta ya con una alusión genérica al patriarcado como estructura de dominación y de opresión masculina, urge analizar en profundidad, como hicieron en su día los estudios feministas a propósito de la identidad femenina, los itinerarios subjetivos y culturales por los que transitan los hombres en su aprendizaje cultural de la masculinidad y mostrar cómo esos itinerarios, aunque están sujetos a los vasallajes y a las tiranías de la dictadura del patriarcado, también están abiertos a las utopías de la equidad y de la democracia entre los sexos. En otras palabras, y como señalan los estudios pioneros sobre las masculinidades aparecidos en los últimos años del siglo pasado (Badinter, 1993; Connell, 1995; Kimmel, 1996; Valdés y Olavarría, 1997; Bourdieu, 1998, entre otros), el afán feminista de equidad solo es factible si se tejen vínculos y pactos con hombres que entienden de veras el significado ético y democrático del ideario emancipador de las mujeres feministas y orientan su vida, en lo personal y en lo público, a favorecer otros modos de relación, otras maneras de entenderse unos y otras, otras teorías y otras prácticas que edifiquen mundos posibles y deseables frente a los estragos de la cultura del patriarcado en las sociedades humanas.

En opinión de estas autoras y de estos autores, si estamos de acuerdo en que las identidades de género son una construcción social de la cultura del patriarcado edificada de manera injusta a partir de las diferencias sexuales, entonces cabe imaginar que no todo está prefijado de antemano en el código biológico de los sexos y que las asimetrías entre mujeres y hombres no son inevitables, por lo que en consecuencia es posible impulsar otras maneras de ser mujeres y de ser hombres en las sociedades actuales que eviten las desigualdades culturales entre uno y otro sexo. Dicho de otra manera, las identidades masculinas y femeninas están social e históricamente constituidas y en consecuencia están sujetas a los vasallajes de la cultura patriarcal pero también abiertas a la utopía del cambio, de la equidad y de la democracia (Lomas, 2008).

⁷ Estas líneas constituyen una versión corregida, actualizada y aumentada de otros textos publicados con anterioridad en Lomas, 2003 y en Lomas, 2008.

De ahí el especial significado ético de unas indagaciones sobre la masculinidad, que han diseccionado, como lo hicieran antes los estudios feministas, el entramado de ideologías y de formas de vida que construyen y difunden hasta el infinito el orden simbólico y social del patriarcado en nuestras sociedades.

Iguales y diferentes

Mujeres y hombres somos diferentes no sólo porque tengamos un sexo distinto. Somos diferentes porque a nuestros cuerpos de mujeres y de hombres se añaden los modos culturales de ser mujer y de ser hombre en cada sociedad y en cada época, y esos modos tienen su origen no sólo en diferencias sexuales sino también en diferencias socioculturales (como la pertenencia de cada mujer y de cada hombre a una u otra clase social, etnia o raza, el diferente estatus económico y el diferente capital cultural de cada persona, sus estilos de vida, creencias e ideologías...) que condicionan, junto al sexo biológico, las diferentes (y desiguales) formas de vida de las mujeres y de los hombres. Por eso no es cierto que todos los hombres sean iguales entre sí, al igual que no lo es tampoco que todas las mujeres lo sean. Los hombres son diferentes a las mujeres de la misma manera que los hombres son diferentes entre sí y las mujeres también lo son entre ellas.

En otras palabras, es esencial evitar la tentación de considerar la masculinidad (y la feminidad) como algo acabado, inasequible a los cambios y a la voluntad humana, e intentar iluminar las ideologías y los contextos socioculturales en que los hombres aprenden a ser hombres y las mujeres aprenden a ser mujeres haciendo visibles así unas identidades masculinas y femeninas heterogéneas y diferentes entre sí. Como señalan Sánchez-Palencia e Hidalgo a propósito de la identidad masculina, es obvio que los contextos en los que la masculinidad se aprende y actúa son tantos y tan diversos “que resulta imposible esbozar la hipótesis de un modelo identitario homogéneo” (Sánchez-Palencia e Hidalgo, 2001, p.15). Los estudios sobre la condición masculina nos han mostrado con claridad que la masculinidad no es una esencia universal e inmutable sino una red cambiante de significados y de conductas que varían a lo largo del tiempo y de la vida de las personas en el seno de las diferentes culturas y de los diversos grupos sociales.

Conviene insistir en estas ideas porque de lo contrario estamos condenados a un callejón sin salida ya que negar la posibilidad de ir avanzando en la construcción de masculinidades alternativas a las masculinidades tradicionales acaba legitimando el discurso de la dominación masculina y la hegemonía social y simbólica de los arquetipos tradicionales de la virilidad, convirtiendo así la utopía de la equidad y de la democracia entre mujeres y hombres en un horizonte no sólo lejano (y ciertamente aún lo es) sino también ilusorio.

Los perjuicios de la dominación masculina en los hombres (y no solo en las mujeres)
En opinión de Pierre Bourdieu (1998), la dominación masculina sólo es posible en la medida en que se ejerce sobre las mujeres no sólo una coerción social sino también, y a la vez, una violencia simbólica orientada a favorecer la aceptación del capital simbólico de los hombres, o sea,

de sus maneras de ver y de entender el mundo de acuerdo con el orden normativo de la cultura del patriarcado. De este modo, la socialización de las mujeres se orienta al aprendizaje de las virtudes de la abnegación, de la resignación y del silencio. Sin embargo, en opinión de Pierre Bourdieu

los hombres también están prisioneros y son víctimas subrepticias de la representación dominante. Al igual que las tendencias a la sumisión, aquellas que llevan a reivindicar y a ejercer la dominación no están inscritas en la naturaleza y tienen que estar construidas por un prolongado trabajo de socialización, o sea, de diferenciación activa en relación con el sexo opuesto. La condición masculina supone un deber-ser (...). El privilegio masculino no deja de ser una trampa y encuentra su contrapartida en la tensión y en la contención permanentes, a veces llevada al absurdo, que impone en cada hombre el deber de afirmar en cualquier circunstancia su virilidad (...). La virilidad, entendida como capacidad reproductora, sexual y social, pero también como aptitud para el combate y para el ejercicio de la violencia, es fundamentalmente una carga (1988 [2000: 67 y 68]).

En este sentido hacer visibles las mil y una violencias de la dominación masculina contra las mujeres no debe ocultar los perjuicios que la masculinidad tradicional arroja sobre los hombres. Junto a los dividendos patriarcales del privilegio masculino (esos beneficios simbólicos y materiales que la mayoría de los hombres tienen por el solo hecho de haber nacido con un sexo masculino, aunque esos beneficios tengan diferente cuantía en función de factores como la clase social, la raza, la etnia, la edad, la orientación sexual, el estatus económico, el nivel de instrucción educativa...), los hombres sufren en sus cuerpos y en sus vidas de hombres los estragos de la masculinidad hegemónica y las hipotecas de la virilidad arquetípica. Quizá por ello, como escribiera Laura Asturias hace ya dos décadas

hoy en día se evidencia un cambio en la conciencia y en la comprensión de las relaciones de género y de poder, motivado por los desafíos que a nivel mundial ha planteado el movimiento feminista. Un cambio que es también compartido por hombres que se han atrevido a imaginar y a vivir su masculinidad en formas no opresivas, ni para ellos mismos ni para otras personas, hombres que, a la vez que reconstruyen radicalmente su masculinidad, apoyan explícitamente las demandas de las mujeres. (2004, p. 72).

De ahí que con el inicio de este siglo XXI comience a entenderse al fin la urgencia ética y estratégica de fomentar otras formas de ser hombres que, en sintonía con el afán feminista de democracia entre los sexos, no transiten por los itinerarios esquilmados de la cultura del patriarcado que obligan al ejercicio de la dominación masculina y a la imposición de la subordinación femenina. Y de ahí que hoy sea posible constatar, aunque sea de manera incipiente, el compromiso ético de esos hombres invisibles que se implican en las tareas de la crianza y del cuidado, aprenden de los saberes y de las trayectorias de las mujeres, se oponen a las mil y unas violencias simbólicas y físicas que ejerce la masculinidad hegemónica contra las mujeres

(y contra otros hombres) y tejen vínculos de cooperación y de solidaridad a favor de una mayor equidad y de una mayor democracia entre las personas.

Sobre héroes y tumbas

En la tribu masculina los afectos y las emociones se cotizan a la baja ya que se consideran a menudo un síntoma de debilidad y el indicio irrefutable de una virilidad insuficiente. El hombre, investido así con los atributos del héroe, evita el vértigo de los afectos y de las emociones ya que afectarían a su afán de éxito en la aventura masculina de la vida, aunque hoy esa aventura no consista en matar dragones y en salvar a las princesas sino en esgrimir currículos, en liderar iniciativas, en obtener un mayor salario, en seducir a las mujeres, en competir a todas horas y en ascender en la escala social.

La tiranía de ese modelo dominante de masculinidad tiene efectos indeseables no sólo en la vida de las mujeres, que sufren el acoso y las violencias de esa masculinidad hegemónica, agresiva misógina, sino también en la vida de los hombres. Como señala Michael Kaufman cada vez son más los hombres que experimentan, en diferente medida, dolor por tratar de seguir y asumir los imposibles patrones de la virilidad. En otras palabras, el patriarcado no es sólo un problema para las mujeres. La gran paradoja de nuestra cultura patriarcal es que las formas dañinas de la masculinidad dentro de una sociedad dominada por los hombres son perjudiciales no sólo para las mujeres sino también para ellos mismos (1997, p. 81). Veamos algunos ejemplos de los perjuicios que la masculinidad tradicional tiene para la inmensa mayoría de los hombres:

- Costes penitenciarios: En la mayoría de los países del mundo en torno al 90 % de la población encarcelada son hombres.
- Costes educativos: el fracaso académico, el abandono escolar y las agresiones en los centros educativos afectan casi siempre a los chicos.
- Costes asociados a una sexualidad insatisfactoria, basada en la cantidad y en la comparación (en la frecuencia sexual y en el tamaño del pene) y no en el libre encuentro y en la comunicación placentera.
- Costes asociados a la ocultación de los afectos y de los sentimientos, lo que conduce a muchos hombres a relaciones afectivas insatisfactorias, a vivir una paternidad distanciada y al analfabetismo emocional.
- Costes asociados a los mandatos de la masculinidad tradicional y de la cultura del patriarcado: obsesión por el liderazgo, por el éxito económico, por la competencia sin límites, por la destrucción del adversario, por el ejercicio de la fuerza y de la violencia, por el espíritu bélico...
- Costes sanitarios: la esperanza de vida es menor en los hombres que en las mujeres y no por razones biológicas sino por hábitos insanos ligados a una masculinidad ostentosa y ajena al cuidado de la salud y a la prevención de las enfermedades.
- Costes asociados a la violencia: la violencia física es casi siempre masculina, tanto

a la hora de ejercerla como de sufrirla (peleas, violaciones, ajustes de cuentas, guerras...). Los hombres son a la vez verdugos y víctimas.

- Costes asociados a conductas de riesgo: desde la conducción temeraria al consumo irresponsable de alcohol y de otras drogas...

De ahí que en las tribus masculinas la obsesión por ser héroes acabe a menudo arrojando a tantos hombres a las tumbas. Por ello, insistir en los efectos inadvertidos del poder masculino en los hombres y en el alto coste ético y afectivo que les supone el ejercicio de la masculinidad patriarcal en sus vidas (y en las vidas de las mujeres) constituye una estrategia utilísima a la hora de invitarles a sumarse a las utopías igualitarias del feminismo y a colaborar en la insurgencia masculina contra el (des)orden patriarcal.

Contribuir a desvelar el tejido social y simbólico que justifica y perpetúa la dominación masculina es una tarea ética y política que compromete tanto a las mujeres en su afán de eliminar cuanto las excluye y violenta como a los hombres que no se identifican con los estereotipos de la virilidad tradicional y con las conductas asociadas a la masculinidad hegemónica. De ahí que los esfuerzos a favor de la igualdad entre los sexos deban incluir también el esfuerzo de incorporar a los hombres a las teorías y a las prácticas de la equidad y de la democracia entre mujeres y hombres. Dicho de otra manera, es difícil imaginar cambios en la vida de las mujeres si no van acompañados de cambios tangibles y reales en la vida de los hombres. Quizá porque, como señala Badinter (2004, p. 150), “aunque para unas los progresos son demasiado lentos y para otros el reparto de sus despojos demasiado rápido, la mayoría de las mujeres y de los hombres sienten ganas de vivir en común y de vivir mejor”.

¿El crepúsculo de los dioses? Hombres del poder, hombres con poder, hombres invisibles

No es fácil el cambio en los hombres. En la mayoría de los casos porque se niegan a renunciar a unos dividendos patriarcales que les otorgan todo tipo de privilegios simbólicos y materiales que consideran emanados del orden natural de las cosas, de la voluntad del dios de turno y de unas formas de vida ancladas en una tradición sociocultural arraigada durante siglos. En otros casos, porque, aunque comparten en mayor medida que antaño algunas de las tareas asociadas habitualmente a las mujeres (como el cuidado de hijos e hijas y la organización de la vida en el hogar), consideran que ese apoyo es excepcional y no ha de ser en ningún caso a costa de los tiempos y de los espacios en los que intervienen como hombres de verdad. Su conducta políticamente correcta es una adaptación táctica ante lo ineludible e inevitable de la incorporación de las mujeres al trabajo asalariado fuera del hogar y en última instancia una estrategia inspira-

da en la célebre paradoja de Tomasi di Lampedusa: “Si queremos que todo siga como está, es necesario que algo cambie”. O como reza el refrán castellano, “vino viejo en odres nuevos”.

A estas actitudes subyace el miedo atávico de los hombres al abandono del canon de la masculinidad tradicional, como señala bell hooks (2021b):

Es cierto que muchos hombres tienen miedo a cambiar. Es cierto que muchísimos hombres ni siquiera han comenzado a observar cómo el patriarcado les impide conocerse a sí mismos, estar en contacto con sus sentimientos, amar. Para conocer el amor, los hombres deben ser capaces de abandonar el deseo de dominar. Deben poder elegir la vida sobre la muerte.

Esta innegable resistencia de la mayoría de los hombres al cambio y a una indagación crítica sobre las formas injustas y violentas que difunde la masculinidad hegemónica y complaciente (Connell, 1995) no tiene nada que ver con una esencia natural de lo masculino que dificulte e impida una transformación de las maneras de ser hombres sino con el vínculo cultural entre masculinidad y poder. Como señala Elizabeth Badinter (1992) a propósito de la identidad masculina, conviene recordar lo siguiente: a) no hay una masculinidad única, lo que implica que no existe un modelo masculino universal y válido para cualquier lugar, época, clase social, edad, raza, orientación sexual... sino una diversidad heterogénea de identidades masculinas y de maneras de ser hombres en nuestras sociedades; b) la versión hegemónica de la identidad masculina –esa masculinidad opresiva y misógina construida a lo largo de los siglos en sintonía con el orden simbólico de la cultura del patriarcado- no es una esencia natural e inevitable sino una ideología de poder y de opresión que tiende a justificar la dominación masculina contra las mujeres (y contra otros hombres con menor poder y en consecuencia devaluados en su masculinidad por razones de clase social, raza, etnia, edad, orientación sexual...) ; y c) la identidad masculina, en todas sus versiones, se aprende y por tanto también se puede cambiar si los hombres adquieren una conciencia ética de las formas injustas y violentas que adopta la masculinidad tradicional con respecto a las mujeres y a otros hombres y construyen formas equitativas y democráticas de relación tanto en el contexto íntimo y familiar como en el espacio público.

Por ello hacer visible la diversidad masculina y convertirla en objeto de estudio y de una acción política transformadora constituye una tarea urgente si se desea combatir el espejismo (y la falacia) de que lo femenino y lo masculino son categorías innatas, universales e inmutables y si se entiende de una vez por todas que la feminidad y la masculinidad son construcciones sociales de carácter cultural e histórico y están abiertas a la voluntad humana y a las transformaciones subjetivas y sociales.

Yo, el Supremo: el hombre como eje del mundo

Como señalara Michel Foucault (1978, p. 86), “el poder se tolera sólo a condición de que enmascare una parte sustancial de sí mismo. Su éxito es proporcional a su habilidad para esconder sus propios mecanismos”. En este contexto, la invisibilidad del orden simbólico masculino y de

las identidades masculinas asociadas a él (la masculinidad hegemónica y dominante vinculada a las ideologías del patriarcado) constituye por tanto la herramienta más eficaz de reproducción de las desigualdades de género en nuestras sociedades. En palabras de Pierre Bourdieu

la fuerza del orden masculino se descubre en el hecho de que prescinde de cualquier justificación: la visión androcéntrica se impone como neutra y no siente la necesidad de enunciarse en unos discursos capaces de legitimarla. El orden social funciona como una inmensa máquina simbólica que tiende a ratificar la dominación masculina en la que se apoya. (1998 [2000, p. 22]).

Una dominación que se legitima en el (des)orden cultural gracias a la falacia de una presunta superioridad de la identidad masculinas que acaba naturalizando la división sexual del trabajo e instituyendo una asimétrica distribución de las tareas, de las expectativas y de las vidas de las mujeres y de los hombres.

De ahí la urgencia ética y estratégica de impulsar un esfuerzo colectivo (en las escuelas, en las universidades, en las comunidades, en los medios de comunicación, en Internet...) orientado, no solo a fomentar la insurgencia femenina (y feminista) y en consecuencia la apertura del horizonte de expectativas de las niñas, de las adolescentes y de las mujeres hacia territorios hasta hoy vedados a la condición femenina, sino también a impulsar un trabajo específico con los niños, con los adolescentes y con los hombres a partir del cual adquieran conciencia de la injusticia y de los perjuicios de las formas tradicionales de la masculinidad en sus vidas de hombres y en sus vínculos cotidianos con las mujeres y con otros hombres.

No es una tarea fácil ya que, mientras las mujeres son conscientes de que en el camino de la emancipación femenina van a conseguir su acceso al disfrute de los derechos humanos, la mayoría de los hombres viven cualquier atisbo de transformación de la masculinidad tradicional como el abandono del privilegio masculino, como el menosprecio de la autoridad masculina e incluso como una cierta pérdida de su virilidad. Y no es así. Quienes tengan el valor de ensayar unas formas más equitativas y democráticas de masculinidad que no transiten por los itinerarios tradicionales de la opresión de las mujeres y de otros hombres han de saber que en ese afán emancipador e insurgente están abandonando una jaula en la que han estado encerrados desde su tierna infancia. Y han de saber que, en esa tarea liberadora, “los hombres tendrán que despojarse de muchos de los mandatos que les han llevado a ser muy hombres pero muy poco humanos” (Jiménez Guzmán, 2005, p. 35). Es esencial que los hombres otorguen valor a las prácticas feministas en sus vidas

no porque sea políticamente correcto, o porque quieran gustar a las mujeres, o incluso porque quieran que las mujeres tengan igualdad, sino porque entiendan que el privilegio masculino les impide no solo convertirse en seres humanos completos y auténticos sino también conocer la verdad sobre el mundo (Kay Leigh Hagan, citada por hooks, 2021a).

De ahí la urgencia de hacer visibles a esos hombres invisibles que, a menudo desde el

anonimato, constituyen un ejemplo de masculinidades alternativas y de maneras de estar en el mundo como hombres que evitan los estereotipos de la virilidad dominante y forjan conductas asociadas al cuidado, a la crianza, a la paz, a la defensa de la naturaleza, a la cooperación y a la solidaridad, a la democracia. Otra masculinidad es posible y deseable. No es una tarea fácil ya que solo es posible si el hombre entiende que

no tiene otro enemigo que sí mismo, o mejor dicho, la construcción de sí mismo que ha heredado. Deconstruir la cultura de la que forma parte resulta un proceso complejo porque las rutinas jerárquicas de género, raza y orientación sexual entretienen el sistema económico, social y político en el cual todavía es el centro de referencia (Carabí, 20000, p. 26).

Y es que las formas opresivas y violentas de la masculinidad hegemónica y patriarcado no solo afectan a las relaciones interpersonales entre mujeres y hombres (y entre hombres) sino que contaminan las maneras en que están organizadas las sociedades humanas. Dicho de otra manera: la economía neoliberal y depredadora de la mayoría de las economías del mundo, el maltrato de la naturaleza y la indiferencia ante el cambio climático, el narcotráfico y los conflictos armados, el tráfico de migrantes y de mujeres con destino al mercado de la prostitución, las injusticias y las desigualdades sociales, en fin, no pueden entenderse sin una mirada que evalúe el vínculo íntimo entre estas realidades y esos hombres con poder y del poder que administran las vidas ajenas de acuerdo a una dialéctica masculina de dominación, de violencias y de beneficios. Quizá por ello tengo la esperanza de que el fin (aún tan lejano, aún tan utópico) de la masculinidad dominante traiga consigo no solo otras maneras de convivir entre unas y otros sino también otros mundos posibles y deseables.

Epílogo en primera persona y en singular

En mi actividad como educador y como formador constaté hace años en España, en el tránsito entre los siglos XX y XXI, una cierta cautela (y quizá también un cierto prejuicio) ante quienes nos atrevíamos como hombres a incursionar en los estudios de género, en el debate feminista y en las acciones coeducativas. Años después proliferan tanto los colectivos de hombres por la igualdad como a infinidad de hombres (académicos, políticos, artistas...) que exhiben sin ningún pudor a los cuatro vientos su condición de hombres feministas. Facebook aporta algunos ejemplos al respecto ante los que no puedo evitar el sonrojo y una cierta vergüenza ajena. Aunque solo sea porque hay que reconocer que en estos asuntos

los hombres llegamos, como de costumbre, cuando la mesa está servida, cuando la construcción de los temas y problemáticas ligadas a las inequidades de género se han puesto en la mesa de las discusiones políticas y los estados nacionales han tenido que hacer algo al

||| *respecto (Olivos Santoyo, 2005, p. 72).*

Hoy los hombres que alardean de su condición feminista (especialmente si son hombres con cierto poder académico o político) gozan casi siempre de un crédito ilimitado donde hace apenas unos años había cautela y prejuicio. Quizá convenga en este sentido encontrar el equilibrio entre el prejuicio indiscriminado de antaño y el aplauso incondicional de hoy. En cualquier caso, bienvenido sea este tiempo de cooperación entre unas y otros en el que los hombres se incorporan al fin a los afanes feministas de equidad y de democracia entre mujeres y hombres.

Y como lo personal es político (y a menudo público), quisiera concluir este epílogo con una confesión en primera persona del singular. Cuando dentro y fuera de España, en cursos, conferencias, talleres y jornadas sobre equidad, género y educación, alguien me pregunta qué hace un hombre como yo en un sitio como este y cuáles han sido los itinerarios por los que he ido transitando hasta coincidir, en mi condición de hombre, con la utopía feminista de la equidad y de la democracia entre las personas, siempre respondo que, junto a algunas lecturas y a la compañía de algunas mujeres que han iluminado mi conciencia de la injusticia de la que aún hoy es objeto la mitad de la humanidad, el azar me invitó a dedicarme en cuerpo y alma al cuidado de mis hijos.

Cuando por circunstancias de la vida hube de hacerme cargo, casi en exclusiva, de la crianza de Iván y de Miguel aprendí la lección del valor de las tareas del cuidado y de la crianza (en la inmensa mayoría de los casos, en manos de las mujeres) y fui consciente no solo del esfuerzo físico y emocional que exigen sino también de la oportunidad que tenía (y espero haber aprovechado) de disfrutar de mi condición de padre. No he traído al mundo a mis hijos, pero les he acompañado lo mejor que he sabido a lo largo de esos años.

Quizá fuera ese azar el que apuntaló en mí de una vez por todas esta terca voluntad de contribuir, en un tiempo de descrédito de las ideologías de la emancipación, a que otro mundo sea posible y a que ese mundo no solo sea posible sino también deseable si oye al fin la voz de las mujeres y alienta la insurgencia masculina contra los mandatos tradicionales del patriarcado. En ese afán sigo al cabo de los años. Y a ese afán desean contribuir estas palabras.

REFERENCIAS

- Asturias, L. (2004). La construcción de la masculinidad y las relaciones de género. En Carlos L. (comp.). Los chicos también lloran. Identidades masculinas, igualdad entre los sexos y coeducación. Paidós.
- Badinter, E. (1992): XY. La identidad masculina. Alianza.
- Badinter, Elisabeth (2004): Por mal camino. Alianza.
- Bidaseca, K. y Vázquez Laba, V. (2011): Feminismos y poscolonialidad. Descolonizando el feminismo desde y en América Latina. Godot.
- Bourdieu, P. (1998). La dominación masculina. Anagrama, 2000.
- Carabí, A. (2000). Construyendo nuevas masculinidades: una introducción. En M. Segarra y A. Carabí, (eds.). Nuevas masculinidades. Icaria.

- Connell, R. W. (1995). *Masculinities. Power and Social Change*. University of California Press, (traducción al castellano: Masculinidades. PUEG, UNAM, 2003).
- Cruz Hernández, D. T. y Bayón Jiménez, M. (coord.). (2020). *Cuerpos, territorios y feminismos*. Ediciones Abya-Yala. https://drive.google.com/file/d/1WzyAWU1dKZMQfA_UD6xYPRLHg5T-9lm5/view?fbclid=IwAR2mf_mmp657-DJEiV1zBwnDrltUDC6lDf0Ynfcq6F6lGHQxk5rf9QnaDU4
- Curiel Pichardo, R., Falquet, J. y Masson, S. (2005). *Feminismos disidentes en América Latina y el Caribe*. Nouvelles Questions Féministes. En *Nouvelles Questions Féministes*, volumen 24, n° 2, 2005. Edición especial en castellano, Ediciones feme-libros.
- Engels, F. y Marx, K. (1848): *El Manifiesto Comunista*. Ayuso, 1974.
- Federici, S. (2010). Calibán y la bruja. Mujeres, cuerpo y acumulación originaria. *Traficantes de sueños*. <https://drive.google.com/file/d/1edhW19WepOKueQWTUm6SzmwdSPrbM29k/view?fbclid=IwAR0XZr8OELV7btDA2pCXOIPRk-GaIGYBobGQ7kaKuBVCUCqG5RxElA HKMQgQ>
- Federici, S. (2018). El patriarcado del salario. Críticas feministas al marxismo. *Traficantes de sueños*. https://traficantes.net/sites/default/files/pdfs/TDS_map49_federici_web_0.pdf?fbclid=IwAR34otKP6bQYRxArgqC5qhxxkOQ-9yId3lbznCd0uEMv0LJuNBulKPOzIexKo&fs=e&cs=cl
- Federici, S. (2019). La guerra contra las mujeres y las nuevas formas de acumulación capitalista. Cátedra Jorge Alonso. http://www.catedraalonso-ciesas.udg.mx/sites/default/files/la_guerra_contra_las_mujeres.pdf?fbclid=IwAR1v0c-ME6-F7d0lYsab8L0FtbIgH703V4V6jl_qtpInS9Z--7GJMwtH0ww
- Foucault, M. (1978). *The History of Sexuality. Volume I: An Introduction*. Vintage Books; Random House.
- Gargallo, F. (2006). *Ideas feministas latinoamericanas*. 2ª edición revisada y aumentada. UNAM. Edición digital. http://porelpanylasrosas.weebly.com/uploads/1/1/8/1/11810035/francesca_gargallo_-_ideas_feministas_latinoamericanas.pdf?fbclid=IwAR2u4cPH_SLLmCF73_QX58QVvWcDVDrS1eUenmZ4_pJJbiRMFgc_IEvhA5k
- Gargallo, F. (2014). *Feminismos desde Abya Yala. Ideas y proposiciones de las mujeres de 604 pueblos en nuestra América*. Ciudad de México: Corte y confección. Edición digital. <https://francescagargallo.files.wordpress.com/2014/01/francesca-gargallofeminismos-desde-abya-yala-ene20141.pdf>
- Gargallo, F. (2019). *Feminismos desde Abya Yala (Fragmento)*. En *Revista de la Universidad de México*, número 854, noviembre de 2019. UNAM.
- Guerrero Mc Manus, S. (2019). Lo trans y su sitio en la historia del feminismo. En *Revista de la Universidad de México*, número 846, marzo de 2019. UNAM.
- Guzmán Arroyo, A. (2019). *Descolonizar la memoria, descolonizar los feminismos*. Tarpuna Muya. https://drive.google.com/file/d/16ZYdaJe5CPIQIbPquGZZ408A4IE_p9Es/view?fbclid=IwAR1uUor3V6gj9yH7oB84C-mqk-tWC0y14nEAJnDqaGC3bC1lnvMP5FeLe_cA
- hooks, b. (2017). *El feminismo es para todo el mundo*. *Traficantes de sueños*. https://www.traficantes.net/.../pdfs/TDS_map47_hooks_web.pdf
- hooks, b. (2021a). *El deseo de cambiar*. Hombres, masculinidad y amor. Bellaterra.
- hooks, b. (2021b). *Todo sobre el amor*. Paidós. https://drive.google.com/file/d/10Sb7oNjwGRYA4V3anwQh2XzfXqq47dwa/view?fbclid=IwAR0MsPVhBUhoC3DJc1MPc6Fjj4Jp3d1oOJ-bLHTXb6Rs9gf2JtLveGpA_a_Lg
- Jabardo, M. (ed.) (2012): *Feminismos negros. Una antología*. *Traficantes de sueños*. https://traficantes.net/sites/default/files/pdfs/Feminismos%20negros-TdS.pdf?fbclid=IwAR0x0MEOrMwu4vQblRyxdck6pIH0Q7_2Da416Ogl-25yAr7k_vUbm5QQbSnc
- Jiménez Guzmán, L. (2005). La construcción social de la(s) masculinidad(es) desde la perspectiva de género y sexualidad masculina desde una perspectiva relacional. En *Mirada Antropológica*, n° 3. Universidad Autónoma de Puebla.
- Kaufman, M. (1997). Las experiencias contradictorias del poder entre los hombres. En Valdés, T. y Olavarria, J. (eds): *Masculinidad-es: poder y crisis*. Isis Internacional; Flacso.
- Kimmel, M. (1996). *Manhood in America: A Cultural History*. The Free Press.
- Lomas, C. (2003). Masculino, femenino y plural. En C. Lomas (comp.), *¿Todos los hombres son iguales? Identidades masculinas y cambios sociales*. Paidós.
- Lomas, C. (2008): *¿El otoño del patriarcado? Luces y sombras de la igualdad entre mujeres y hombres*. Península. (2ª edición actualizada, digital y gratuita en 2022). https://drive.google.com/file/d/19Sf8n-fYsbsfVVACvj5p_2Dq3tcTMII/view?us-

[p=sharing](#)

- Lorde, A. (2003): La hermana, la extranjera. Artículos y conferencias. Horas y HORAS. https://drive.google.com/file/d/1m0350O-NOsr-OJd5liggiJGaoVPCZCOx_/view Lorde, A. (2020): Entre nosotras. Visor.
- Olivos Santoyo, L. (2005). Hombres feministas y misóginos. Una contradicción posible. En D. Cazés Menache y F. Huerta Rojas (coords.), Hombres ante la misoginia: miradas críticas. Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades de la UNAM; Plaza y Valdés.
- Sagot Rodríguez, M. (2017). Feminismos, pensamiento crítico y propuestas alternativas en América Latina. CIEM; CLACSO. http://biblioteca.clacso.edu.ar/clacso/gt/20170828113947/Feminismos_pensamiento_critico.pdf
- Sánchez-Palencia, C. e Hidalgo, J. C., (eds.) (2001). Masculino plural: Construcciones de la masculinidad. Edicions de la Universitat de Lleida.
- Segato, R. (2003). Las estructuras elementales de la violencia. Ensayos sobre género entre la antropología, el psicoanálisis y los derechos humanos. Prometeo; Universidad Nacional de Quilmes. https://drive.google.com/file/d/11txcKqfYvPICzZoK1IE-7fd82V0D8CoAf/view?fbclid=IwAR1v7cwBmmBR4DakPiFrzY7BHKzOJiVej6s4fVrraBhOtS1_U4-Tr-Clrac
- Segato, R. (2013). La escritura en el cuerpo de las mujeres asesinadas en Ciudad Juárez. Tinta Limón. https://drive.google.com/file/d/1ap4ZpVGww4sjAWTubpNsvFp_fq1nARW/view?fbclid=IwAR0QtAP6iiCzj9cny8mO-_0LT-zzyWNVPCfLbPJiKqPJNbbh8DfXqnGtMNP8
- Segato, R. (2018): Contra-pedagogías de la crueldad. Prometeo Libros.
- Valdés, T. y J. Olavarria (eds). (1997). Masculinidad/es: poder y crisis. Isis Internacional; Flacso.